

Globethics Repository

The logo for Globethics, featuring the word "Globethics" in white, sans-serif font centered within a solid blue rectangular background.

Crear en el Espíritu Santo [Believe in the Holy Spirit]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see <https://www.globethics.net>. Data and content policy of Globethics Repository see <https://repository.globethics.net/pages/policy>.

Item Type	Article
Authors	Rovira Belloso, José M ^a
Publisher	Asociacion Iglesia Viva
Rights	With permission of the license/copyright holder
Download date	2026-07-05 07:56:12
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/222907

**CREER
EN EL ESPIRITU
SANTO**

Por JOSEP M. ROVIRA BELLOSO

PRIMERA PARTE

ANALISIS PARA UNA REFLEXION

Así como en el Antiguo Testamento comprobamos que la acción de Dios consiste en decir una palabra, en anunciar una promesa, en bendecir al hombre y al pueblo, en llamar e iluminar a sus profetas (ver A. BONORA: *Qohelet*, Brescia, 1987, pág. 79) y, en definitiva, en actuar en la humanidad para que sea más humana, a copia de recibir la vida de Dios mismo, así será bueno comprobar toda la gama de acciones que el Espíritu Santo despliega en la historia del Nuevo Testamento, en la vida de Jesús y en la vida de la comunidad de la fe.

Confiamos que así como las acciones de Dios eran una buena pista para «entrar» en su conocimiento, así también sea la contemplación de la múltiple acción del Espíritu la que nos permita concebirlo rectamente como «persona».

No deja de tener su punto de humor que, ahora que los teólogos redescubrimos con razón que son necesarias ciertas categorías filosóficas —ni que estén sacadas de las mismas Escrituras— para *entender* el mensaje, me dedique en este trabajo, como en los buenos años cincuenta, a labrar con *afán* una honesta teología bíblica, buscando exhaustivamente en el Nuevo Testamento las acciones que al Espíritu Santo se le atribuyen.

La razón de esta búsqueda paciente y poco brillante estriba en que (sobre todo por lo que se refiere al tema del Espíritu) uno teme la palabrería disfrazada de espiritualidad. Es necesario aprender los caminos del Espíritu y, precisamente en la medida que queramos luego *reflexionar* en un nivel más sintético, se hace necesario el análisis receptivo. La sobria acumulación de datos es una buena manera de fecundar la mente.

Una de las ventajas de este análisis es que los cuatro Evangelios y los Hechos de los Apóstoles se presentan como un todo. Un todo narrativo casi continuo que comprende el acontecer de Jesús y el acontecer de la comunidad, contemplados ambos a la luz del Espíritu, que abre los ojos de la fe. Los «Hechos» aparecen así como «el evangelio de la comunidad» penetrada, iluminada y movida por el Espíritu.

Una de las desventajas es, por cierto, la tentación que puede acometer al lector de dejar la lectura de la siguiente enumeración y clasificación de acciones y manifestaciones del Espíritu de Dios, ya sea por darla por suelta, ya sea por la dificultad misma de hacerse cargo de lo que pretende ser una mirada intensa que haga recordar el conjunto del Nuevo Testamento, por lo que al Espíritu se refiere.

No está de más, por tanto, pedirle al lector un suplemento de paciencia para adentrarse, en visión panorámica y lenta, en ese conjunto de datos neotestamentarios, que sirven para centrar y profundizar, ya en primera instancia, el problema de qué y cómo es —y también cómo podemos llegar a concebir— la Tercera Persona de la Trinidad Santa.

Estas son las acciones que, según el Nuevo Testamento, corresponden al Espíritu Santo:

1. Ser bautizados en el Espíritu

Seguramente, esta entrada de Jesús —y, más tarde, de los discípulos— en la esfera del Espíritu es algo fundamental: Ser sumergidos en el Espíritu para adquirir sabiduría y amor es el principio y el final del proceso de la vida *cristiana*. Ver Mt 3,11; 28,19; Lc 3,22; Jn 1,32; He 1,5-16; 1 Cor 12,13.

2. El Espíritu «desciende» a los hombres

Mt 1,16; Mc 1,10; Lc 3,16-22. En Juan 1,32-33 hay un *movimiento de encuentro recíproco*, en virtud del cual: mientras Jesús asciende (*anabái-*

mon), el Espíritu Santo desciende (*katabáimon*) sobre él, como si se encontraran el cielo y la tierra: es la característica del Bautismo de Cristo.

Como variante de este «descenso» en los Hechos de los Apóstoles se dice que el Espíritu cayó sobre los reunidos: He 11,15-44.

3. El Espíritu «unge» a Jesús

Mt 12,18; Lc 4,18 (texto fundamental); He 10,38.

4. Es el «clima» donde vive Jesús

Jesús se alegra en el Espíritu, y en él ora: Mt 11,25; Lc 10,21.

5. Purifica

Expulsando los demonios: Mt 12,28.

(Ver, en negativo, el misterio del pecado contra el Espíritu Santo: Mt 12,31; Mc 3,29; Lc 12,10).

6. Irrumpe: Se presenta

Lc 1,41; 2,25 (el Espíritu estaba en Simeón).

7. Llena los corazones

De María (Lc 1,15), de Isabel (Lc 1,41), de Zacarías (Lc 1,67), de Jesús (Lc 4,1), de todos (He 2,4 y 4,31), de Pedro (He 4,8), de los Diáconos (He 6,3), de Esteban (7,55), de todas las Iglesias (He 9,31), de Bernabé (He 11,24), de Pablo (13,9). Son henchidos de Espíritu y de gozo (He 13,52).

Es muy interesante la exhortación de Pablo: «Llenaos de Espíritu Santo» (Ef 5,18).

8. Mueve

David es movido: Mt 22,43; Mc 12,36; también Simeón: Lc 2,27; He 11,28; He 8,39 (El Espíritu arrebató).

9. Conduce

Al desierto: Mt 4,1; Mc 1,12; a Galilea: Lc 4,14; Gál 5,18.

10. Envía

Los discípulos son enviados a la misión de la que surge la Iglesia: He 13,4; 16,6-7.

11. Nos enseña (para que podamos hablar)

Jn 14,17-26 («Os lo enseñará todo», «os lo recordará todo»). ¡El Espíritu como «memorial» y maestro interior que hace recordar!

12. Hace hablar, confesar y predicar

Mt 10,20; No hablamos nosotros, sino el Espíritu Santo: Mc 13,11; Lc 12,12: El Espíritu Santo enseña lo que conviene decir.

De modo específico, hace *confesar* a Jesús (1 Cor 12,3-4). Dicho de otro modo, la confesión de Jesús, propia de la comunidad y de los discípulos, se realiza «en el Espíritu Santo».

También las *lenguas* (el modo de orar sin palabras articuladas, que se conoce como «hablar en lenguas») lo realiza el Espíritu (1 Cor 14,2), que, así, hace que el orante «hable a Dios», no a los hombres.

De modo semejante, nuestro conocimiento espiritual proviene del Espíritu: consiste en «palabras aprendidas del Espíritu» (1 Cor 2,12-13).

Así se entiende que donde hay conocimiento de Dios y palabra acertada sobre Dios haya Espíritu. Por eso, la predicación auténtica no es simple vocerío, sino que va acompañada siempre por la fuerza del Espíritu (1 Tes 1,5).

De manera correlativa, esa palabra se recibe y se abraza en el gozo del Espíritu Santo (1 Tes 1,6). Así, se puede decir que el mensaje del Evangelio es una predicación en el Espíritu (1 Pe 1,12).

13. Habla por boca de los profetas o por sí mismo

He 1,2. Habla por boca de David: 1,16; 4,25; 8,29; 10,19; 11,12; 13,2; 21,11. Habla por boca del profeta Isaías: 28,25.

14. Da testimonio

Estamos ante un tema mayor: El Espíritu arguye al mundo, reprochándole el pecado que ha cometido al no creer en Jesús (Jn 16,9 y sigs.). En positivo: da testimonio acerca de la verdad y credibilidad de Jesús: He 5,32 y 6,10; como fuerza y sabiduría divinas: 20,23 y 21,4; como iluminación: Rom. 8,16; 9,1, y Hb 9,8 y 10,15.

Como variantes, hay que añadir que el Espíritu, en esa línea del «decir testimonial» (Hb 3,7), «predice» o «profetiza» (1 Pe 1,11), y, en definitiva advierte a las Iglesias cuál es el camino recto que deben seguir a través del mundo si quieren ser a su vez «testigos» fieles del Dios vivo y de Jesús (Apoc 2,7-11-29; 3,6-13-22; 14,13; 19,10; 22,17).

¿Acaso el «Espíritu que es la Verdad» no dará testimonio del «Verdadero»? (ver 1 Jn 5,6, en relación con 5,20).

15. Toma decisiones; fruto de una profunda aspiración o deseo

Es el famoso «hemos decidido el Espíritu Santo y nosotros», del Concilio de Jerusalén (He 15,28). Ocurre que el Espíritu «tiene deseos» (Rom 8,27). Su aspiración es, en resumen, dar testimonio de la verdad y regir la Iglesia de Jesús interiormente. Visiblemente está fundamentada sobre los Apóstoles y los Profetas, y es pastoreado por los «Vigilantes» (obispos) que El mismo puso (He 20,28).

16. Es el Don sin medida, comunicado, dado, derramado, entregado por el Padre y el Hijo y «recibido» por los creyentes

Lc 11,13; Jn 3,34 y 20,22; He 2,17-18-33-38; 8,15-17-18-19; 10,45 (derramado); 10,47; 15,8 (comunicado), y 19,2-5; Rom 5,5; 1 Cor 2,12 (hemos recibido el Espíritu); Gál 3,2 (lo hemos recibido para «conocer» [a Jesús]). ¡Nos ha sido *suministrado* el Espíritu! (Fil 1,19).

La Epístola a los Gálatas va preparando el *climax* según el cual el Espíritu se recibe *por la fe* (Gál 3,5-14 y, sobre todo, 5,5).

No es necesario decir que tan sólo Dios es quien nos hace don de su Espíritu: 1 Tes 4,8; 1 Jn 3,24 y 4,13.

17. Es el agua viva

Jn 4,10 y 7,37-39; 1 Cor 12,13.

18. Habita

En nosotros (Rom 8,9; 2 Tim 1,14); inhabita (Rom 8,11). 1 Cor tiende a presentar al cristiano como Templo donde habita el Espíritu: 1 Cor 3,16 y 6,19.

Se «tiene» el Espíritu en el sentido de «ser poseídos» por ese mismo Espíritu. No en el sentido de que se le pueda manipular o «poseer» con dominio (1 Cor 4,13 y 7,40; 2 Cor 4,6).

El cristiano es morada de Dios en el Espíritu (Ef 2,22). No ha de haber «otro Espíritu» en él (2 Cor 11,4), ya que quien se adhiere a Dios «se hace un Espíritu con El» (1 Cor 6,17).

19. Vivifica

La Palabra de Jesús es Espíritu y Vida: 6,63; el mismo Espíritu nos vivifica con el Amor de Dios (Rom 5,5); porque es Espíritu de Vida (Rom 8,2-4-5-6-13; Gál 5,16-18 y 6,8).

De ahí derivan las dos famosas antítesis: Carne y Espíritu, Letra y Espíritu o su variante Ley y Espíritu: añadir 2 Cor 3,6 a las anteriores citas.

En definitiva, como dice este último texto, el Espíritu –no la letra– vivifica. Cristo mismo fue «vivificado por el Espíritu» (1 Pe 3,18).

Esta vida, como toda vida, es un proceso que tiene su *iniciación* (Gál 3,3), donde se reciben las *primicias* o las *arras* del Espíritu (Rom 8,26; ¿1 Cor 15, 45?; 2 Cor 1,22; Ef 1,14), por el hecho de ser *sellados* por El, sobre todo en el Bautismo (Ef 1,13; 14,30). La *madurez* consiste en «vivir y caminar en Espíritu» (Gál 5,25). La *plenitud*, en llegar a ser, con Dios, un mismo Espíritu (1 Cor 6,17).

20. Santifica

Ya que se trata del Espíritu *Santo*: que comunica la santidad de Jesús: nos *consagra en la verdad*. Nos pone aparte; del lado de Dios, sobre el

fundamento divino de la verdad. No nos coloca aparte sociológicamente, ya que los cristianos continúan en el mundo y aun en la carne, con toda la ambigüedad que esto supone. Pero no caminamos con el espíritu del mundo ni «según la carne», sino según el camino de santidad que el mismo Jesús abrió —«Yo soy el camino»— en tanto que Mesías/Ungido por ese mismo Espíritu que, después de la muerte en Cruz, nos comunica.

Ver Rom 1,4 y 8,23; 1 Pe 1,2, y 1 Cor 6,11, con la variante de «justificar», es decir, de hacernos caminar por la justicia de Jesús, Mesías (ver también 1 Tim 3,16).

21. El Don se diversifica en pluralidad de dones «centrados en el Amor»: «fruto» del Espíritu en la Iglesia

- Paz y gozo (Rom 14,17).
- Esperanza y fuerza en el Espíritu (Rom 15,12-19).
- Caridad (Rom 15,30), dilección (Col 1,18).
- Demostración de espíritu (1 Cor 2,4 y 12,7).
- El «fruto» es amor, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, fidelidad, mansedumbre, templanza (Gál 5,22).
- Sabiduría y revelación (Ef 1,17 y 3,3).
- Edificación del hombre interior (Ef. 3,16).
- Renovación en el Espíritu (Ef 4,23).
- No timidez, sino fortaleza, caridad y templanza (2 Tim 1,7).
- Unidad de múltiples dones (Ef 4,4, y Fil 1,27), porque somos participantes de un único Espíritu (Hb 2,4 y 6,4).

22. Otorga carismas y ministerios

Ver las famosas listas de *carismas* o dones para edificar la comunidad, en Rom 12,6-8; 1 Cor 12,4-11, y Ef 4,11: Apostolado, profecía, gobierno, palabra de sabiduría, de ciencia, de fe, curaciones, operación de milagros, lenguas, oración... (ver también He 20,28 y 23,28; 2 Cor 3,8).

Cuán importante es, pues, «no mentir» al Espíritu (He 5,3), «no resistirle» (He 7,51), «no contristarle» (Ef 4,30).

23. Ayuda a orar...

El **espiritual ora**: Y el Espíritu ayuda su flaqueza enseñándole a orar con gemidos inenarrables (Rom 8,23-26; Ef 6,18). Por el Espíritu se ofrece a Cristo: Hb 9,14.

24. ...y a adorar en Espíritu y en verdad

Conocidísimos: Jn 4,23-24. Significativo: «Dar culto en el Espíritu» (Fil 3,3).

25. Es el Espíritu de la Verdad y de la Revelación

Porque es el Espíritu de Jesús, el cual es la Verdad. Y porque santifica o consagra en la Verdad: Jn 14,17; 15,26, y 16,13; 1 Jn 4,6, y 1 Jn 5,6: «El Espíritu es la Verdad.»

Es evidente que no se trata de cualquier verdad, sino de la verdad de la Revelación: de la verdad de Dios manifestado en Cristo. La Carta a los Efesios habla, por tanto, de «Espíritu de Revelación y de Sabiduría» (Ef 1,17). Es tanto como decir que la Revelación se realiza «en el Espíritu» (Ef 3,3). De modo muy parecido, 2.^a Corintios habla de la «revelación por el Espíritu» (2 Cor 2,10), ya que el Espíritu sondea y conoce las profundidades de Dios, y es capaz de comunicarlas a los hombres (2 Cor 2,10-11).

26. En resumen: Hace nacer de nuevo, como hijos de Dios

Jn 3,5-6-34. Según estos textos del episodio de Nicodemo, el Espíritu se da sin medida y nos hace nacer de nuevo, o de lo alto, es decir, de Dios.

Regenera y renueva: Tit 3,5. En definitiva, la nueva creación de la humanidad, su nuevo nacimiento, cifrado en el de Cristo, Hijo de Dios, no pudo realizarse sino por la fuerza del Espíritu (Mt 1,18, y Lc 1,35).

Por eso, nosotros mismos no nacemos de carne y sangre, sino que somos llamados «hijos de Dios» y lo somos: Rom 8,14-16; Gál 4,6; ver 1 Jn 3,1.

27. Es decir: realiza el dinamismo de la «dispensación divina»

Un texto de *Hechos* sitúa con toda precisión al Espíritu Santo en la proa de la «divina dispensación»: en la punta de la «divina economía», según la cual el Padre nos ha dado a su Hijo Unigénito, y —ambos— nos han comunicado el Espíritu glorioso que los une y envuelve:

«Jesús, exaltado por la diestra de Dios,
ha recibido del Padre el Espíritu Santo prometido,
y ha derramado lo que vosotros veis y oís» (He 2,33).

Por eso, el Espíritu es llamado por el Nuevo Testamento: «Espíritu del (Padre) que resucitó a Jesús» (Rom 8,9-11); Espíritu de Dios (Padre) que nos hace hijos suyos: 1 Cor 2,14; Fil 3,3, y Rom 8,14 y citados; Espíritu de Dios vivo; Espíritu del Señor (2 Cor 3,3 y 2 Cor 3,18).

Dinamismo de la economía trinitaria: El Espíritu de Dios (1 Jn 4,1-2-6) es el Espíritu de la Verdad (Jn 14,17; 15,26, y 16,13) que inspira a los profetas (Apoc 22,6). Pero hay más: Por el Espíritu tenemos *acceso al Padre* (Ef 2,18). al adherirnos a El somos, con El, un sólo Espíritu (1 Cor 6,17): Es la «koinonía» cuyo realizador es el Santo Espíritu. El es la Comunidad: 2 Cor 13,13; 1 Cor 6,17, y Fil 2,1. Así, el Espíritu adquiere el señorío y puede decirse, como leen los Padres griegos, que «El Espíritu es Señor» (2 Cor 3,17). ¡El es el «Espíritu de la Gloria»! (1 Pe 4,14).

SEGUNDA PARTE

LA REFLEXION TEOLOGICA

En esta segunda parte no se trata de amontonar palabras, sino de hacer lugar a lo que es nuevo, santo, amable y convencial. Con esta tesitura podremos captar algo de lo que hace y es el Espíritu.

Quisiera advertir que la reflexión empezó ya, de hecho, con la *primera parte*. Por eso no la titulé simplemente «análisis», sino *análisis para una reflexión*.

En efecto, he aquí algunos elementos de reflexión que echan todas sus raíces en la primera parte:

1. La «tercera persona»

Así solía llamar SERGEI BULGAKOF († 1944) al Espíritu Santo: La «tercera hipóstasis», es decir, la tercera persona.

Al sintetizar los elementos de la primera parte, encontramos este resultado:

1.º *El Espíritu Santo es persona.*—No sólo es fuerza o *èlan*, sino amor inteligente, vivo, «flagrante» y unitivo. Por tanto, no sólo es «algo», sino «alguien», como repite significativamente Juan (ekeivoa: Jn 14,26 y 16,8-13). No sólo es ímpetu vital, sino «persona» que desciende, unge, purifica, irrumpe, llena, mueve, conduce, envía, enseña, hace hablar, confesar, predicar; habla él mismo y, muchas veces, por boca de los profetas; da testimonio, arguye, «toma decisiones», es don y comunicación lleno de inteligencia y vida; es el agua viva, que habita nuestro pozo interior, es la luz del templo del hombre, vivifica, santifica como Don uno y múltiple centrado en el amor; otorga carismas y ministerios, enseña a orar y a adorar en espíritu y en verdad, ya que El es verdad y revelación que nos hace nacer de nuevo como hijos de Dios. ¡Es persona en tanto que ímpetu de comunicación inteligente, amante y vital de Dios mismo!

2.º *Es persona «distinta» del Hijo.*—No sólo numéricamente distinta, sino distinta también en su *modo de ser*: en su modo de subsistir como persona. El Hijo es Palabra e Imagen del Padre: se identifica con el Padre por la vía de la *representación*. El Espíritu es Fuerza y Llama de Amor viva que emana como una gloria esplendorosa del Padre y del Hijo: Se identifica con el Padre y con el Hijo porque *los expresa*. No por vía de representación, sino de expresión.

3.º *Es «persona» en el nivel del Amor personal, expresado, comunicado.*—Cuando decimos «Creo en Jesucristo», abrimos la puerta no sólo a lo que en Dios es rostro humano, sino a lo que en Dios puede llamarse «racionalidad», ya que Jesús, el Hijo de Dios, es también su palabra, es decir, su imagen definida, su comprensibilidad: vamos a decir, en términos de los antiguos griegos, su «idea», e incluso —con Gregorio de Nazianzo— la «cuasi-definición» del Padre.

En cambio, cuando decimos «Creo en el Espíritu Santo», damos otro paso: Abrimos la ventana a lo que en Dios es impulso e ímpetu amante, comunicación de vida santa. Dicho humanamente, abrimos la ventana de lo que, en Dios, podría llamarse «afectividad». Ya que el Espíritu Santo, como lazo de unidad y de amor expresado por el Padre y el Hijo, muestra la dimensión afectiva, unitiva o «intencional» del mismo Dios.

Por eso he indicado que el Espíritu Santo no sólo es distinto *numéricamente* del Padre y del Hijo, sino que es distinto su *modo de subsistir*: su modo de ser persona. El Verbo es persona en tanto que Imagen perfecta del Padre; el Verbo es *consustancial* con el Padre porque ha sido engendrado a su imagen substancial.

El Espíritu Santo es persona en tanto que amor inteligente y unitivo en el cual el Padre y el Hijo expresan su unidad y amor. Es consustancial al Padre y al Hijo —séame permitido decirlo— no tanto por la vía de la imagen representativa, sino por la vía de *expresar la mutua capacidad de darse del Padre y del Hijo*. Por eso, el Espíritu es el Don por excelencia. No representa aquello que hay que comprender, sino que da aquello que hay que vivir.

4.º *Consecuencias aplicables a la realidad humana*.—A este amor expresado, que sale de sí mismo para unirse al otro, los teólogos místicos le llamaron «amor flagrante». Es un modo de comunicarse con el «otro», complementario y distinto al acto de *comprender*: Por la comprensión, la «idea» del *otro* llega a mí. Por el amor flagrante, yo me llego al *otro*, *dándome a él*. Es la diferencia entre comprender y amar/vivir.

Siempre he pensado que en la Trinidad Santa jugaba decisivamente la alteridad: El Padre y el Hijo pueden concebirse como el Uno y el Otro, que siguen siendo «Uno» en esa superación, que no supresión, de la alteridad propia del amor flagrante y unitivo (ver Jn 10,30). De esta manera, la Trinidad se convierte también en paradigma de la convivencialidad humana. Y, precisamente, en nuestro ser de personas y en nuestra convivencia encontramos vestigios del triple modo de ser trinitario, resuelto en la unidad. Estos vestigios ejercen, asimismo, el papel de posibles anclajes del amor del Padre, de la bondad y humanidad del Hijo y de la verdadera donación espiritual en nuestra realidad humana, hecha a «imagen y semejanza» de Dios.

En efecto: La experiencia de la alteridad es algo tan humano que, para expresarla, sólo hace falta pensar en el padre o la madre que ve crecer a su hijo y que, al cumplir el pequeño los seis años empieza a contemplarlo realmente como «otra persona». Como un interlocutor que es verdaderamente «otro» a pesar de estar tan profundamente unido con «uno mismo». Realmente, lo humano es imagen y semejanza de la distinción trinitaria. También en lo humano se dan ideas (representaciones) y afectividad (e impulsos vitales).

¿Experiencia del Espíritu?

A pesar del Concilio Vaticano II, se ha producido el conocido relanzamiento del Tratado sobre la Trinidad, preconizado y guiado por K. RAHNER (en su famoso artículo de 80 páginas en *Mysterium Salutis*, II/1: «El Dios Trino, como principio y fundamento trascendente de la Historia de la Salvación»).

Paralelo a ese relanzamiento ha habido una seria renovación de los estudios sobre el Espíritu Santo en la teología occidental, entre cuyos frutos hay que señalar las obras de BARRET, CAZELLES, CONGAR, DE MARGERIE, DE LA POTTERIE, GARRIGUES, LE GUILLOU, MÜHLEN, SULLIVAN, TILLARD, y —entre otros— SEBASTIÁN FUSTER, O. P.; LUIS LADARIA, S. I., y SALVADOR VERGÉS, S. J., entre otros.

El hecho más notable es que los estudios sobre el Espíritu Santo se han convertido en una plataforma radical, ecuménica y eclesiológica, donde confluyen aspiraciones y deseos de estudiosos muy diversos: teólogos católicos, como BRUNO FORTE, o CANTALAMESSA; orientales, como J. D. ZIZIOULAS; luteranos, como JÜRGEN MOLTMANN, y tratadistas de la Iglesia o liturgistas/pastoralistas, como AIMÉ G. MARTIMORT...

Este renovado interés por los estudios relativos a la «Tercera Persona» se han plasmado en el *Congreso de Pneumatología* (Roma, 1982) y en el *Coloquio* organizado por la Facultad de Teología y por el Centro de Estudios Ecuménicos de Estrasburgo (16-19 de noviembre de 1983).

Lo mismo CARLO MARÍA MARTINI, en el Congreso de Roma, que el conjunto del Coloquio de Estrasburgo se han preguntado por la posibilidad de una cierta experiencia del Espíritu.

Me inclino por la afirmativa, sobre todo por la *experiencia indirecta*: a través de la palabra, los signos y las mediaciones, especialmente la luz intelectual y la acción de darse en verdadera caridad, actitud solidaria, bondad auténtica, etc.

No querría caer en la banalización del tipo: he visto una idea clara; por tanto, digo que es una experiencia del Espíritu; he vencido un rencor y lo atribuyo sin más a la experiencia del Espíritu.

El otro error sería diametralmente opuesto: no ya trivializar la experiencia, sino presentarla como tan rara, extraordinaria y única que lleguemos a olvidar que también entre los pucheros anda Dios.

Un criterio orientativo: El Espíritu es la luz que ilumina y hace comprender (a Cristo) mucho más que el «objeto», que debe ser entendido en sí mismo. A la luz no se la ve, a pesar de que ilumina. Lo mismo el Espíritu.

Por eso, hay que decir que la experiencia —indirecta— del Espíritu está en la línea del conocimiento y del seguimiento afectivo y efectivo de Jesús Salvador.

Cuando la primera de Pedro habla de amar con alegría a Jesús, aun sin conocerlo del todo, seguramente se está refiriendo a esta experiencia del que «da a conocer».

Cuando Jesús invita a seguirlo —a ir en pos de El por la «mutua y continua caridad»—, ¿acaso no se refiere implícitamente al guía interior que nos señala el rumbo y al impulso que nos impide decaer en el seguimiento del Maestro?

Cuando Pablo dice que *su vida es Cristo*, señala ese principio *configurador* según el cual ya no hay hombre ni mujer, ni esclavo ni libre, ni judío ni gentil, sino hijos de Dios, según la imagen del Cristo Jesús (Rom 8, 29). Ese principio configurador es, ciertamente, el Espíritu de Dios y de Cristo.

Cuando se reúne la asamblea de la oración y de la Eucaristía, se vive la experiencia del Espíritu en la alabanza al Padre: es posible decir *Abba* como lo decía Jesús; la comunidad y cada persona pueden decir *Abba* en el mismo Espíritu de Jesús. En este sentido se desarrollaba mi aportación al Congreso de Pneumatología de 1982.

Si la experiencia del Espíritu es indirecta y se refiere al conocimiento y amor de Cristo y del Padre, tal vez pudieran presentarse aquellos momentos en que se pasa de la atonía o de la dificultad al amor operante, consolador y liberador de los hermanos, como un momento privilegiado de la recepción del mismo Espíritu que ungió a Cristo y que permite continuar hoy el mesianismo de Jesús.

3. El Espíritu Santo, como «Gloria», en una Teología de la Imagen

Me doy cuenta de que el tema es de alguna manera nuevo y que será bueno introducirlo, ni que sea en forma algo subjetiva.

La primera pista para entender al Espíritu Santo como «Gloria» del Padre y del Hijo me la dieron al principio de la década de los ochenta tres indicios complementarios:

a) La frase de SAN AGUSTÍN «Tan sólo el Padre es Principio sin principio» (De *Genesi ad Litteram imperfectum Liber*, III, 6). Esta frase me permitió leer el prólogo de San Juan de la siguiente forma: «En el Padre existía la Palabra... y la Palabra era Dios.» Así, el prólogo iluminaba la relación de alteridad y de unidad entre Padre e Hijo, en la forma que ya he indicado: «Ni el Padre es Dios sin el Hijo, ni el Hijo es Dios sin el Padre, pues ambos a la vez (*simul*) son Dios» (de *Trinitate*, V, 14-15).

b) La sorprendente afirmación de GREGORIO DE NYSSA:

«El nexo de esta unidad (entre Padre e Hijo) es la gloria. Y nadie que sea prudente negará que a esa gloria la llamamos Espíritu Santo» (*Sobre el Cantar de los Cantares*, «Homilía 15», página 1.117).

c) La pregunta sensata: ¿Por qué el prólogo de Juan no contiene aparentemente ninguna alusión al Espíritu Santo? ¿Acaso ocurre ahí como con esos Padres de la Iglesia antiguos que, no obstante poseer muy clara la fe en el Espíritu Santo, tan sólo hablan de la relación Padre e Hijo, dando por supuesta o silenciando la emanación del Espíritu?».

La respuesta a esa pregunta —en la línea de lo indicado por GREGORIO DE NYSSA— me llevaba a entender la *plenitud del Hijo de la cual brota gracia sobre gracia* como plenitud del Espíritu que se derrama como una cascada de gracia sobre la humanidad; me llevaba a entender la palabra «gloria» (doxa) como *esplendor del Espíritu*; me llevaba a entender la frase «la gracia y la verdad nos han llegado por Jesucristo», como «el don verdadero (del Espíritu) nos ha llegado por Jesús».

Glorificar es *dar a conocer*. Para dar a conocer es preciso poner en relieve, iluminar, hacer resplandecer aquel a quien se quiere mostrar. La glorificación mutua del Padre y del Hijo, de la que San Juan se ocupa con detenimiento y precisión (Jn 12,23-28a-28b-32; 17,1-3-4-5, y 25-26), equivale a la mutua manifestación del Padre y del Hijo que acontece en la vida humilde y entregada de Jesús, a través de sus palabras, obras y signos, pronunciadas y realizados a la luz del Espíritu que da testimonio de su veracidad.

Para San Juan el punto máximo de la glorificación del Padre, y de la correlativa glorificación del Hijo, es la Cruz de Jesús. De esta manera, el

misterio trinitario encuentra su lugar de anclaje en el mundo, esto es, su lugar de máxima manifestación y donación a los hombres, en el misterio de la Pascua de Jesús.

Al ver su «gloria» —al ver el Espíritu que lo envuelve como Luz y Amor del Padre— los discípulos creímos más en El.

Para una teología inspirada en San Juan y en los Padres de la Iglesia, es cierto que «la divinidad se esconde» en la Pasión, como decía Ignacio de Loyola, pero —al mismo tiempo y de manera aún más decisiva— el Espíritu de Jesús Mesías resplandece en el rostro humano de Jesús crucificado con el resplandor de la bondad verdadera: con el amor fiel del Padre.

Y eso es cuanto hay que creer en la Iglesia: que en la Pascua de Jesús se manifiesta la Verdad y la Gracia de Dios uno y trino. Esto es lo que, en el Bautismo y en la vida, nos reviste de gracia y de verdad para ser configurados según la Imagen del Hijo. Esto es lo que hay que vivir y practicar en una entrega a Dios y a los hermanos en todo semejante a la de Jesús, el Hijo Ungido por el Espíritu.

Todo esto me ha parecido verlo concentrado, sintetizado, en la manera como la primera carta de Pedro nombra al Espíritu Santo. Le llama «Espíritu de la Gloria» en una frase concisa, cargada de sentido:

«El Espíritu de Gloria, que es el Espíritu de Dios, reposa sobre vosotros» (1 Pe 4,14).

No sólo podemos decir, como en la famosa traducción del Salmo 44, que «toda la gloria viene de dentro», sino que, en la perspectiva cristiana, debemos hacer esta afirmación: «Toda la gloria viene de la Cruz, entendida como dar la vida por los hermanos y dar la vida del Espíritu a los hermanos.» Ello nos lleva a la sencillez y a la humildad de llevar los unos las cargas de los otros, y —desde el punto de vista más teórico— a reconciliar la *theologia crucis* con la auténtica *theologiae gloriae*, convertida ya en «teología de la gloria de la Cruz».